

de punta de Canas, Kaimo de arena. Dicho por
 esta, lentamente y con una cana de cristal
 y otros materiales, como cuando el punto azul,
 cuando se ve y el no le sigue.....

Esta, se debe considerar por una de las
 acciones. Así se ve en la obra de los
 hombres de la tierra para saberse en estado de
 la ciencia de saber de.....

De la ciencia
 y la obra de la ciencia

[Faint, mostly illegible text continues on the page, appearing as bleed-through from the reverse side.]

BEDA

**“Los azahares de esta vida no son dignos
 de las almas buenas.”**

[Faint, mostly illegible text continues on the page, appearing as bleed-through from the reverse side.]

BEDA.

Beda se siente enferma. ¿Qué tendrá? El doctor ha dicho que no es cosa de cuidado. Sin embargo, esta mañana no ha podido levantarse; le zumban los oídos, le duele todo el cuerpo, está calenturienta y se queja de un fuerte dolor de cabeza. Sus mejillas aparecen encendidas por la fiebre, y sus ojos azules y claros, puros y tranquilos como los de la Bella del Bosque Durmiente, muéstranse inyectados y opacos, moviéndose pesadamente entre las ojeras amoratadas que los circundan. Sus labios ya no ostentan la frescura de antes: pálidos y secos, apenas se entreabren para aspirar jadeantes al aire fresco y aromado que penetra por la ventana abierta, aire impregnado de sabroso olor á tierra mojada y de salvaje perfume de higueras y tomillo.

Todavía ayer, Beda estaba sana y alegre; pudo bajar al salón de la escuela y jugar y jugar y jugar con sus numerosas compañeras en la huerta humedecida por las primeras lluvias del Otoño; saltar gozosa entre las lechugas y alcachofas, á la hora del recreo, como de costumbre, bajo los perales y manzanos que fructifican al sol, amparada por la agradable sombra de los granados salpicados de centelleantes flores, y entre las rozagantes parras que serpean por los troncos retorcidos colgando sus raquícos

pámpanos que semejan racimos de ópalos verdes y mates.

Todavía ayer fué á visitar su nido de pajarracos oculto en el rincón más intrincado de la huerta, ahí donde los membrillos, las zarzas, los gigantes y las hiedras son más tupidos. Ni su misma prima, Estela, tenía noticia del hallazgo. Cuando nadie la espiaba, íbase calladita hacia el boscoso paraje, apartaba con cuidado ramas que ya ella conocía, y su mayor placer consistía en alimentar con migas de pan previamente remojadas, á los voraces polluelos que, en cuanto oían ruido, poníanse á piar abriendo sus picazos sonrosados y moviendo torpemente las enormes cabezas calvas y los nacientes remos desprovistos de plumas, cubiertos apenas por un leve pelillo color de azufre. Y eran de oír las contagiosas carcajadas que Beda lanzaba á más y mejor al contemplar las ridículas figuras de sus ahijados. Los padres de éstos parecían conocerla ya, y sin temor, volaban para ir á posarse sobre el cercano pretil erizado de fragmentos de vidrios y fondos de botellas mientras duraba la breve y caritativa visita diaria de su protectora; y como agradecidos, entonaban para ésta lo mejor de su repertorio. . .

Pero cuando repiqueteó la campanilla y terminó el asueto, la buena muchacha regresó atontada, fláxida, quejándose de vértigos; no pudo contestar á las preguntas de su maestra, y ésta al verla enrojecida y febril la obligó á salir para la enfermería. Ella no quería ir. A pesar de que sentía una terrible opresión en las sienes y un doloroso quebranto en todo el mórbido cuerpo como si la hubiesen dejado caer desde una gran altura, la repugnaba encerrarse en aquel salón desierto y frío, oliente á ácido fénico, con sus lechos alineados como las camas de un hospital, con sus paredes limpiísimas, bruñidas, blancas, parecidas á las simétricas de una tumba de hielo ¡No! ¡no! pre-

fería quedarse; aquello no era nada: ya pasaría. Ella, tan robusta, tan llena de vida, tan bulliciosa, necesitaba sol como las rosas, aire puro como los pájaros, alegría como la primavera: era la primavera misma; donde ella estaba huía la sañuda tristeza. ¿Cómo querían aprisionarla entre aquellos desnudos muros que semejan tabiques de nieve?

—Por Dios, señorita, no me mande usted; si no tengo nada. No sea usted mala.....si es un dolorcillo cualquiera. Mire: ya estoy aliviadita. ¿Verdad?.....

La besaba y hacía esfuerzos por reírse, pero su risa resultaba á las claras triste y enferma.

—No, Beda, no,—replicaba la maestra, apartándola con dulzura. Es necesario que se vaya á curar. Tal vez su indisposición sea el principio de una enfermedad infecciosa y las otras niñas se contagiarían. Eso no está bien hecho, Beda. Debe usted obedecerme y recogerse mientras la Directora envía por el médico del colegio. Muéstreme su lengua; á ver....¡um!....sí: está sucia. Y su pulso?.....¿lo ve usted?.....alterado. Vamos, usted ha sido siempre la más buena y obediente. Es preciso guardar cama.....

Y Beda, sollozando, contra su voluntad se instaló en la enfermería viendo pasar con tristeza los densos nubarrones que el viento impulsaba hacia allá, hacia el ocaso donde muere la luz solar en el atardecer de un crepúsculo clorótico y sombrío.

Ahí yace ahora dominada por la fiebre que aumenta de una manera alarmante, escuchando los torpes sonidos que las niñas arrancan al piano en el salón de estudio, los ladinos coros de las pequesuelas que danzan alegremente jugando á la *gallina ciega* en la plazuela de la huerta ya bañada por la espléndida luz de la luna que brilla en un cielo diáfano, de una limpieza admirable. Las nubes, ba-

rridas por el fresco ábrego, han despejado la atmósfera en la cual vacía la Noche su inmenso cofre de pedrerías que cintilan con maravillosos cambiantes. Y Beda, la hermosa pupila de ojos puros, azules y tranquilos como los de la Bella del Bogue Durmiente, con angustia indecible las contempla, recordando aquellas noches apacibles de su pueblo natal. ¡Oh! en él era feliz, enteramente feliz! ¿Por qué fué á ocurrírsele á sus padres enviarla á este Colegio de internas donde se pasará un año, ¡todo un año! sin verlos, sin ver á su...

Enmedio á su febril estado se ruboriza al pronunciar un nombre: Marcos, el de su prometido. Entonces vienen á su memoria entorpecida todos los principales detalles de su vida y de su idilio. Tendida sobre el dorso, con la vista fija en el limpio cielo raso, rememora los años transcurridos y parece que todo lo que durante ellos vió, se materializa desarrollándose en el restirado lienzo; su casita poética, sus pájaros, sus flores, sus amigas y él, él sobre todo, aquel garrido mozo que ahora le escribe cartas muy bonitas y llenas de ingenuo amor.....

¡Ah, sí!..... Pero ¡Dios mío! qué dolor de cabeza que no la permite hilar bien su sencilla historia! ¡Caball!..... eso es! Los días de su niñez desfilaban plácidos, sonrosados, llenos de rústico encanto. Ella, era la niña mimada de todos y hacía lo que más se le antojaba. Su padre, un excelente viejo dueño de una pequeña heredad, de rostro dulce y afable, cortés á pesar de su carencia de trato social, indomable como bregador y trabajador como pocos, la tenía en la única escuela del pueblo en la cual ella mal aprendía á leer, á escribir y á contar, dirigida por la solterona Loreto, una *niña* de cincuenta y tres años, que gastaba desarrollado bozo y que poseía dos verrugas enormes en el ala izquierda de la nariz. A ese rudimentario plantel donde Ripalda era comentado, leído y aprendido á fuer-

za de palmeta, iba diariamente y de cada vez más dejaba sorprendida á su analfabeta maestra con el precoz desarrollo de su sana inteligencia, por lo que aquella tenfala como *instructora* de las otras discípulas y volvíase t da alabanzas ponderando los progresos de su favorita, aunque á decir verdad, influía en ésto la largueza de su padre, los regalos de Doña Mónica su mamá y las *cuelgas* que cada año la daba *la tía Apolinar* como le decían los campesinos á su abuela, una viejecita de cuento, con su pañoleta al cuello, su cofia en la venerable cabeza cana, sus gafas cabalgando sobre la encorvada nariz, su labio superior pegado á las encías y dientes de *chicle* el inferior notablemente saliente y tembloroso, sus mejillas rugosas, exhaustas, secas como pellejos, sus grandes arracadas en forma de anillo, que le tocaban los hombros agudos, su báculo nudoso y mugriento que jamás abandonaba, su traje negro y oliente á berengena, sus babuchas de *orillo* y su sempiterno hablar á solas.

Si ella, la nieta, era la alegría, el parlero gorrión de la casa, *la tía Apolinar* era el alma de ésta. Renqueando, refunfuñando, con su voz silbante y cascada reñía á todos, peones y criadas, y excesivamente limpia, tenía constante cuidado del aseo en todo. Iba y venía á saltitos, quejándose de su gota que ella llamaba *rimas*, examinándolo todo con exagerada meticulosidad, alentando á los labriegos en el recio trabajo campestre y esparciendo en redor suyo el amor á la vida, á la virtud austera y á Dios. Devota sin ser fanática, íbase cada domingo muy tempranito á la parroquia. Unciosamente oía su misa en compañía de ella á quien amaba con adoración y luego de echar un párrafo con su compadre Guadalupe, el abarrotero de la plaza, paso á paso regresaba á su hermosa finca, charlando sin cesar con ella que á cada rato volvíase, sopretexito de arreglarse la ya larga falda, á mirar si su Marcos, el mozo

campañero, estaba como de costumbre inclinado sobre el pétreo barandal de la churrigueresca torre; y como el enamorado nunca dejaba de espiarla á través de las tupidas hiedras que serpeaban á lo largo de cornisas y sillares, ella le enviaba, á hurtadillas, besos que sintetizaban toda su foga y raciente pasión.

Para nadie era desconocida ésta. A las altas horas de la noche, Marcos se acercaba á la reja de Beda y eran de oír las ingenuas ternezas que se decían, los sencillos juramentos que á fuer de buenos rústicos se daban y los castos besos que unían sus bocas frescas y honradas. Rozagantes tiestos de alefes adornaban la colonial ventana, carcomida, vetusta, con su coronamiento de místicos ornatos que la lluvia y el tiempo habían deslavazado y cubierto de musgo. Ahí, con las manos estrechamente unidas, comentaban todos los díceres del pueblo, referíanse sus cotidianas impresiones y con una candorosidad rayana en infantil inocencia, se preguntaban suspirando:

—¿Cuándo nos casamos?

Se ruborizaban, jadeantes, ardientes, sin darse aún cuenta exacta del formidable volcán que ardía en sus salvajes pechos.

Y cuando ya nada tenían qué decirse, permanecían extáticos, contemplando el cielo estrellado, la herbosa plazuela donde chirriaban los grillos, ó el vetusto campanario en el cual Marcos á fuerza de soledad y contemplación, de meditaciones y elevaciones había descubierto en su mundo interno una alma de poeta primitivo.

Allá dióse al estudio y á la lectura. ¡Cuántas sentimentales epístolas le dirigía á Beda por el único afán de practicar, de ejercitarse en la composición, de estampar en el papel aquello inmensamente bueno y bello que sentía bullir en su febril cerebro. Aspirando con deleite los varia-

dos aromas que del pequeño valle ascendían como una ofrenda al Dios de sus amores niños, escuchando arrebatado el alegre gorjeo de los pájaros y de las golondrinas que anidaba bajo los cornisamentos y las ménsulas, contemplando las brumosas lejanías de las colinas verdeguantes y de los alcores sembrados de campos de oro. Marcos se estremecía de puro gozo y al declararse feliz entre la inefable calma de la naturaleza y de su conciencia, sentía que por su cuerpo corrían nerviosidades como si millares de pequeñas agujas incensivas le picasen de arriba á abajo.

Beda le había dicho una noche:

→ Me voy, Marcos mío, me voy á educar á la ciudad. La maestra les ha participado á mis padres que ya nada me puede enseñar y éstos se han encaprichado para que yo vaya de interna á un colegio. ¿Si vieras cuánta tristeza me da dejarte? Pero no te olvidaré nunca. ¿Qué es eso? ¡Estás llorando!... No llores, hombre, no seas tonto. ¡Qué vergüenza que un muchachote tan valiente esté llorando como una vieja porque su novia se va á recibir de maestra! ¡De maestra!... ¡Vamos, hombre, si sigues llorando, ya no te quiero y te digo feo y joto!

Marcos, que es muy valiente, se calló como por encanto al oír este despectivo epíteto en boca de su amada. La prometió ser razonable, la abrazó una y mil veces y la besó en la frente; pero á pesar de la promesa del uno y de la aparente energía de la otra, cuando el desvevejado *buggy* partió para la capital del Estado, ambos amantes no pudieron contener sus amargas lágrimas, como si el destino les avisara que aquella separación debía ser la eterna...

Beda, á los pocos días le escribió á su Marcos la siguiente carta trascrita exactamente:

“Inolvidable Marcos:

Por fin tuve la dicha, y la incomparable felicidad de recibir el día 25 tu contestación tan deseada. ¡Qué gusto

más grande no experimentaría, y cual sería mi felicidad; al ver que después de pasar unos tan tristes días, y de sufrir tanto ver tus letras en mis manos?

Marcos, tú no tienes idea de lo que yo he pasado al ver que nos separamos. Cuando se quiere mucho, se piensa uno tantas y tan distintas cosas y esto me tenía que suceder á mí. Supe que estabas muy enfermo ¿ya te aliviaste, pobrecito? Me figuraba tanto que yo misma me atormentaba pasando unos días verdaderamente penosos; pero Dios no me abandona, y parece ha oído mis ruegos.

Perdona, que no haya contestado tu carta inmediatamente que me llegó, pues he estado también muy mala de calenturas y un fuerte dolor de cabeza que me impedía enteramente poder escribirte.

Pero ahora un poco mejor, y animada por tu recuerdo, me considero con fuerzas para dirigirte esta que no lleva otro objeto sino el de contestar tu pregunta y mandarte el retrato que no había podido mandarte no por falta de voluntad, ni de cariño mucho menos como tú lo estas creyendo, sino por un motivo que siendo muy simple considero inútil revelartelo.

Te adjunto con ésta, uno por ser tan chico para nada te servirá; pero como no quería volver á escribirte sin mandartelo te envié ese, mientras que á fines de este mes recibirás otro más grande. Hablando de otra cosa, Marcos he podido observar que sin tu cariño, la vida sería imposible para mí, como el ‘sol’ para las flores, que sin él marchitan y mueren. No tienes idea de lo mucho, que he sufrido en estos días que no te veo, pobrecito. Creo que solo con estas penas debo haber perdido varios años de vida. No se como tú no comprendes que te quiero, no como los cariños que aquí se usan hoy, ni un Cariño así cualquiera, **Nó.** El Cariño que yo te tengo es tan grande tan inmenso y *tan puro* que yo creo que si tu pudieras ó fuera posible

ver lo que yo siento por tí te aseguro, que me querrias mas que yo á tí; pero no es esto posible; así es me conforme unicamente Con decirte que tú eres mi pensamiento y cuando comprendo que tú no me quieres como yo, verdaderamente siento deseos de morir;..... ¿pues para que quiero la vida sin tu amor? Tú dices que por que estoy aqui ya no te quiero, pues todo es un absurdo. Al contrario; ahora te quiero pobrecito más que nunca, con un amor loco, sin límites te *idolatro mucho*, mucho..... y no pido más recompensa que la de que tú tambien me quieras así.

Adios Marcos no te escribo más porque con verdadera pena he escrito esta quien sabe como; pues tengo un dolor en el pecho que ya no lo aguanto. Contestame pronto y dime como están mis padres y mi abuela y riega mis macetas cada vez que pases á la Parroquia para que no se vallan á secar, pues si las dejas secar será señal de que ya no me quieres; si vieras que bonito está el colegio y me quieren mucho mis maestras: ya no aguanto las ganas de que se lleguen las vacaciones para ir á darte tus besitos, pobrecito de mi alma. Espero la bonita escrita que me prometiste cuando me vine. ¿Si es que todavía la tienes mandamela. ¡Ojalá y fuera tambien tu pelo! cualquier cosa que sea la espero ¿he?

Dime si mis gallinas no se han muerto, ni también mis palomitas copetonas y recibe el eterno cariño de tu

BEDA.”

P. D.—(.....) aquí te mando un besito muy tronado y no dejes de escribirme.

Vale.”

Marcos recibió sollozando esta ingenua misiva de su novia. Le satisfacía en sumo grado el ser amado de modo tan inocente y encantador; besó repetidas veces la perfu-

mada carta, y convalesciente como aún se hallaba, trepó á la torre y púscse á repicar con toda agitación, desenfrenadamente, á dos manos. Volvía á sentir aquel insólito cosquilleo como si por su cuerpo le pasaran un cepillo de finísimas agujas. El ladino repique de las dos esquilas en forma de media esfera, lo aturda, lo sumía en un raro estado de voluptuosidad que bien pudiera llamarse la voluptuosidad del sonido. No sentía fatiga alguna ni dolor: sumido en aquella dulce inconsciencia, agitaba los brazos sin cesar, por costumbre, instintivamente, y parecía que las campanas ascendían, ascendían, y él cogido á las cuerdas de los badajos, como parte integrante de la bronceínea materia, se creía hecho de ondas sonoras que ondulando disgregaban su cuerpo y lo esparcían por todo el risueño valle. Ya no era el Marcos de carne y hueso que llevaba la primera misa, sino un Marcos-campana de cuya alma de bronce surgían melodiosas notas, músicas incomprensibles, celestes acordes que se confundían, que se precipitaban como un torrente de armonías sobre la aldea florida y tranquila. Y él, unido á las esquilas ascendía, ascendía siempre en gloriosa trinidad hacia el diáfano cielo por cuya inmensidad revolaban las palomas blancas semejantes á girones de virginales velos, y vagaban los átomos de oro buscándose sin tocarse jamás..... Y allá arriba, muy arriba, en el éter de luz, Beda le sonreía y le llamaba con sus ojos que aparecían huecos como dos agujeros á través de los cuales esplendía el infinito azulado, lo eterno, el Amor, el Dios!

La cascada voz regafiona del *tata* Cura fué á sacarlo de su bello ensueño:

—¡Eh, muchachol ¿te has vuelto loco? Hace un cuarto de hora que estás repicando....

A Marcos le había parecido un siglo, exactamente como esos grandes lapsos de tiempo que en apariencia transcu-

ren durante unos cuantos minutos de profundo sueño. Avergonzado, soltó las cuerdas y se puso á rascar un sillar con la uña negra de su calloso índice. Era la primera vez que el *tata* Cura le reñía y aquellas sus duras palabras le causaban daño. Pero Beda tenía la culpa: desde que su amor se le había entrado á lo más recóndito del alma, él considerábase enteramente transformado. Antes, era una máquina, una cosa, un hongo pegado á las leprosidades de la torre; más ahora descubría en él tesoros de sentimientos ignorados, y, sobre todo, aquello inmensamente bueno y bello que sentía bullir en su febril cerebro. Antes, la vida le era indiferente; vegetaba como una trepadora, en su campanario, ascendiendo más y más hacia la soledad, como si su alma buscara el alejamiento de los hombres, agarrándose con angustia animal á las salientes de las toscas piedras, abrazándose á los rudos pilares, escalando las alturas del cimborrio para llegar hasta la cruz de la veleta que abría sus misericordiosos brazos pareciendo amparar con ellos la paz y la felicidad de la apartada aldea. Pero después, después ¿cómo seguir subiendo? Su tallo se doblaría, tornaría á buscar la tierra, bajando, bajando siempre hasta que la muerte, el invierno de la vida, lo marchitara y lo convirtiera en polvo.....

Huérfano, jamás había conocido á sus padres. Su primer recuerdo palpitaba ahí, en la barda del cementerio que se alzaba á espaldas de la parroquia, jugando con los niños desarrapados del pueblo, entre las altas hierbas secas que crecían sobre las tumbas y bajo las sombras de los duraznos que el *tata* Cura plantara por sus propias manos. Ya crecido, ayudaba al viejo sacristán en la monótona tarea de campanero. Muerto éste, él pasó á desempeñar sus funciones, y desde entonces, permanecía ahí con sus campanas, con sus hiedras y con sus pájaros. Por la noche bajaba á un cuartucho oscuro y frío que le servía de dor-

mitorio, ayudaba á su padre adoptivo, el *tata* Cura; en las faenas diarias, limpiaba las sagradas reliquias, zurcía su ropa, cuidaba de los duraznos, regaba las rosas de Castilla del pequeño atrio, los claveles del cementerio, y á las veces hasta vestía la túnica roja del monaguillo cuando algún muchacho amigo se prestaba desinteresadamente á dar los toques de ordenanza. Y su vida se deslizaba así, monótona, triste, solitaria.

Mas una vez, una mañana hermosísima de verano, sorprendióse al encontrar á Beda y notar algo misterioso en sus bellos ojos. El había ido á llevar un canasto de duraznos que el *tata* Cura le obsequiaba á la *tía* Apolinar. Conocía á Beda desde niña y juntos jugaban á la *momita* bajo una lápida del camposanto cuando Doña Mónica se iba de visita á la casa parroquial. El fingía de marido, ella de esposa; él era el *camposantero*, cavaba fosas diminutas, enterraba *chapulines* ó *pinacates* en ellas, regresaba fatigado y entonces ella tenía ya preparado el almuerzo consistente en pedacitos de tortilla, *pingüicas*, agua tñida con tuna y trozos de *charamusca*. Sus pláticas eran las pláticas inocentes de todos los niños. Se amaban, se buscaban, reñían á las veces para luego contentarse con algún regalo. Beda le obsequiaba moras de su huerto; Marcos, hiedras de sus enredaderas. Creciendo así en santa paz y ternura, desconociendo la malevolencia humana y la malicia innata en los hombres civilizados, llegaron á esa edad en que el beso amoroso se impone como preludio de tormentas y felicidades. Por esta época Beda cometió á sentirse más ligada á Marcos y éste á turbarse ante ella.

Aquella fresca mañana el campanero se dió cuenta de que algo insólito se interponía entre ellos. Dejó el susodicho regalo en manos de la doncella y fuése á su elevado retiro, todo pensativo y mohino. A partir de este día ya no dejó de espiar á su prometida. Pasábase las horas ente-

ras apoyado en la balaustrada de la torre viendo á Beda ir y venir en el huerto paterno; y como ya se ha dicho que la muchacha concurría cada domingo á la parroquia, Marcos sentíase verdaderamente orgulloso de que Beda lo viera con sus trapos limpios de cristianar y de que al són de su campana, en el cual ponía el alma toda, se llegara á la iglesia como si él mismo, con su voz de amante la llamara.

Muy de mañana, cuando todavía el sol no acertaba á despojar de su manto de nieblas á las montañas, ya estaba el buen muchacho confeccionando un ramillete de rosas para su amada, y al salir ésta de misa, arrojábaselo desde el primer cuerpo de la torre, ocultándose en seguida.

Bien sabía ella de donde venía tal homenaje, pero se dolía de que su tímido galán, fuese tan *sonso* y apocado.

Y tras muchos encuentros, miradas é invitaciones secretas, invitaciones, miradas y encuentros que pregonaban la buena voluntad de Beda y la diafanidad de su alma campesino, resolvió por fin á definir la situación, recomendándole á su prima Estela, locuaz y despabilada campesina, que mediara en sus amores. Y tan bien cumplió ésta con su cometido, que un día, al salir de la escuela encaróse con Marcos y le dijo resueltamente:

—Oye, Marcos: dice Beda mi prima que no seas bruto, que no te andes escondiendo de ella, que ya sabe quién es el que le tira ramos de rosas desde la torre, que cuándo le escribes una cartita para corresponderte, y..... que si no sabes todavía escribir bien, aquí te traigo un borrador que hice yo misma.....

La pícara Estela se alejó cantando:

“¡Ay, qué tontos son los hombres!”

Y la carta llegó á manos de Beda, con su consabido prin-

cipio: “Desde el primer momento en que la ví á Ud., mi corazón, etc.,” escrita en un pliego satinado, manchado con huellas verdosas de pulgares rudos, muy oliente á membrillo y con su indispensable alegoría amorosa: dos palomas blancas sosteniendo con sus picos sonrosados una enorme misiva lacrada.

De esta manera principiaron aquellos sencillos amoríos; Marcos lo recordaba bien, tan bien, que al rascar la piedra con la uña negra de su índice, parecía ver á Estela que le rascaba el corazón y le decía:

—.....dice Beda mi prima que no seas tonto....

¡Sí! Era un bruto con apurarse por que la dueña de su vida estaba ausente. Ya vendría. Era necesario tener una poca de paciencia.

Pero luego frunció el ceño y pensó: “¿Y si no volviera?.....” Así anduvo desatinado durante los primeros meses, obsesionado con aquella pregunta que fulguraba en su razón.

Los aldeanos decíanle:

—No te apures, Marcos, ya volverá la niña del *poblaro*....

Y Marcos se sonreía tristemente. Más lo traía preocupado una maldita lechuza que había ido á habitar en el campanario y á la cual oía graznar fatídicamente por las noches.

Una vez despertó sobresaltado: había escuchado que alguien gemía allá arriba. Subió, alumbró con su linterna, lo registró todo y nada encontró de notable. Ya no pudo dormir pensando en Beda que no le había escrito.

Otra vez, un día 13 de Junio, con ceniza limpiaba un incensario en el cuarto del cementerio, y oyó que rechaban las vigas del techo. Precisamente fué el día que Beda amaneció enferma. Se estremeció y como ésta guardaba